

MIMI MATTHEWS

CITA EN
BATH

Libros de
seda

Para Jet, la personificación de la alegría



CAPÍTULO 1

Somersetshire, Inglaterra

Noviembre de 1843

— ¿Se ha hecho daño?
Meg Burton-Smythe oyó la pregunta un poco antes de ver al caballero que la había formulado. Estaba sentada en la orilla embarrada del río, cerca del puente Sefton, con las faldas del precioso traje de montar de lana negra a la altura de las pantorrillas mientras se examinaba el tobillo derecho, que parecía que se había lesionado. Al oír la voz profunda del desconocido, se las bajó a toda prisa hasta las botas de media caña en un intento de recato infructuoso. Porque era demasiado tarde: él ya la había visto.

Montaba un purasangre blanco brioso y enorme, y el sol del otoño tardío lo iluminaba desde atrás y reverberaba en el cabello denso, de un tono rubio dorado, del joven. Era alto y atlético, y con un rostro de un atractivo fuera de lo común que caracterizaban el mentón definido, las mejillas finas y los labios firmes y bien modelados.

A Meg se le hizo un nudo en el estómago. Se acordó de los cuentos de hadas que leía de niña sobre príncipes apuestos y encantadores que, a lomos de un caballo blanco, acudían a ayudar

a damiselas en peligro. Un pensamiento de lo más inadecuado. Por lo apurado de su situación en ese momento, habría preferido que la rescatara alguno de los granjeros de la zona, un hombre normal al que le diese igual la apariencia de ella o el ridículo que estaba haciendo.

—M-me he caído del caballo —dijo, aunque la información no era necesaria.

El tartamudeo surgió inevitable, como siempre que estaba nerviosa. Logró controlar una mueca al oírse balbucear. ¡Lo que habría dado por mantenerse entera y serena en ese momento!

—Ya lo veo.

El caballero se bajó de su montura con un movimiento ágil y fluido. Las botas de cuero de buenísima calidad se hundían en el barro al tiempo que caminaba con pasos firmes y seguros, y avanzaba por la orilla del río.

Llevaba bombachos de pana marrón claro que se le ajustaban muy bien a las piernas largas y una levita azul de paño fino que acentuaba la anchura impresionante de los hombros. Si a eso se sumaban el cabello rubio miel y los rasgos, recios pero muy agradados, no solo parecía un príncipe azul, sino que podía ser, sin duda, «el» príncipe azul.

Meg notó la boca seca. En el condado solo había una familia capaz de presentar tal esplendor dorado. Tenía que ser un Beresford. John Beresford, conde de Allendale, y su esposa, Margaret, eran los propietarios de Beasley Park, la finca limítrofe con Letchford Hall. James, el hijo mayor de la familia, vizconde de St. Clare, era un caballero frío y distante, con aires de superioridad y hielo en las venas, y el menor, Jack, un mujeriego impenitente con un brillo diabólico en los ojos. Meg los conocía de vista a los dos.

Pero lord y lady Allendale tenía otro hijo. El mediano, Ivo Beresford, que había pasado los últimos años fuera del hogar familiar, primero en la universidad y después en el extranjero,

disfrutando de un viaje muy largo por Europa. Seguro que se trataba de él, recién llegado a su casa de Somerset.

Meg maldijo su mala suerte. Ya era malo que el caballero que la iba a auxiliar fuera atractivo hasta lo inimaginable, pero ¡que encima perteneciera a una familia que la suya aborrecía tanto como los Montesco a los Capuleto...!

—¿Cómo se llama la yegua?

Meg notó que padecía cierto estrabismo cuando se acercó a su montura. Durante la adolescencia, Ivo Beresford había llevado lentes. En ese momento no, pero, a juzgar por la mirada algo desenfocada de los ojos grises y amables, todavía las necesitaba.

—*Rowena* —respondió.

—Tranquila, *Rowena* —murmuró—. No voy a hacerte daño.

La yegua lo miró entre la crin enmarañada. Los ojazos marrones le brillaban con desconfianza.

—A veces m-muerde —le advirtió Meg.

El señor Beresford agarró las riendas.

—Tranquila, a mí no me va a morder. —Sujetó con fuerza la brida de la yegua al tiempo que le daba una palmadita en el cuello—. ¿Verdad que no, amiga?

Rowena movió el hocico.

Meg la conocía lo suficiente como para saber que le habría encantado hincarle los dientes. Era culpa suya. La había alimentado con sus propias manos cuando aún era una potranca con la pretensión de crear un vínculo con ella, de convertirla en su amiga y compañera. Pero lo que había conseguido había sido animar a *Rowena* a morderle a la gente los dedos.

El señor Beresford anudó las riendas del animal a un árbol cercano antes de acudir en ayuda de Meg.

—¿Es el tobillo?

Meg se sonrojó al darse cuenta de que la había visto con las faldas levantadas.

—El d-derecho —asintió—. M-me duele al apoyarlo.

Se colocó a su lado y se agachó sin reparar en lo embarrado que estaba el terreno. Puso los dedos en los cordones de la bota de montar.

—¿Puedo?

Meg tenía las mejillas más que encendidas: le ardían como un fuego de invierno.

—S-si es n-necesario...

Le desató los cordones de la bota con mucha maña y la descalzó. Con dedos fuertes pero suaves, palpó el tobillo y el empeine, cubiertos ambos por con un calcetín de lana.

Meg no se quejó, pero contuvo el aliento en un momento dado.

—¿Le duele?

Volvió a contener un quejido trémulo cuando le manipuló el pie.

—Sí.

—No parece que tenga nada roto. Me da la impresión de que es solo un esguince.

—¿C-cómo lo s-sabe?

—Si estuviera roto, usted estaría ahora gritando sin parar, cosa que no ocurre, por lo que veo. —Le sonrió, revelando una fila de dientes fuertes, blancos y perfectos—. Solo se ha ruborizado.

Meg habría agradecido tener la capacidad de disolverse en el fango. Sabía muy bien qué imagen ofrecía cuando se ponía colorada. No solo la cara, también el cuello se le volvía de un tono escarlata. Eso, unido al pelo rojo y a las pecas, le confería la apariencia de un tomate maduro.

—Es la p-primer a v-vez que me caigo de un c-caballo —explicó—. P-por eso...

—No se justifique. —Volvió a ponerle la bota con toda la suavidad que pudo y le ató los cordones con un nudo flojo para

que no le apretara la zona lesionada—. Ni me acuerdo de las veces que he estado en la situación en la que se encuentra ahora usted.

Le miró sin comprender del todo.

—En el barro —explicó—. Y caído de espaldas. —Se puso de pie y le ofreció la mano—. No es nada indigno. Siempre y cuando se pueda usted levantar.

Meg dudó por un momento antes de estirar el brazo y dejarse agarrar la mano enguantada para que la ayudara a ponerse de pie.

—¡Ay! —Soltó una exclamación de dolor cuando apoyó el peso del cuerpo sobre el tobillo dañado.

—Con cuidado. Deje que la ayude. —Le pasó la mano por la cintura. Tenía el brazo fuerte como una barra de hierro.

Meg se ruborizó todavía más. A sus dieciocho años, apenas acababa de terminar la etapa de formación. De hecho, aún no la había abandonado de forma oficial. Nunca había bailado con ningún caballero y, desde luego, ninguno la había sujetado por la cintura.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad y se le trabó la lengua. No sabía qué decir y mucho menos a dónde mirar. ¡Qué decepcionada se habría sentido la señorita Adams si la hubiera visto en ese momento! Su queridísima institutriz, a quien tanto echaba de menos, le había enseñado todo lo que había que saber del comportamiento en sociedad. Se suponía que tenía que ser elegante, grácil y elocuente; en pocas palabras, todo lo contrario a como estaba actuando en esos momentos.

La señorita Adams había dejado Letchford Hall en primavera. Se había marchado a Bath, donde iba a casarse pronto. Meg se alegraba por ella, pero no por sí misma. En ausencia de su institutriz, no había en la casa nadie que le hiciera compañía; nadie que le alegrara los días, que avanzaban uno detrás de otro aburridos, lentos, iguales e inexorables.

Los únicos momentos entretenidos e interesantes eran los paseos solitarios a lomos de *Rowena*. Ya sin tener que hacerle caso su institutriz, quien había insistido siempre en que saliera a cabalgar acompañada de un criado, Meg había recorrido toda la hacienda cruzando los páramos al galope, saltando las cercas de los pastos y recorriendo los senderos escondidos que circundaban el río. Esas salidas diarias eran la única forma que tenía de paladear la libertad; un mínimo capricho, en apariencia inofensivo, pero que había conducido a esto.

—Le dolerá menos cuando esté sobre la silla —le aseguró el señor Beresford, que la ayudaba a sostenerse.

Meg lo dudaba, pero, en cualquier caso, permitió que la guiara hasta la yegua. Un vez allí, la levantó agarrándola de la cintura y la colocó sobre la silla sin esfuerzo aparente. Todo fue tan rápido que ni siquiera le dio tiempo a objetar el exceso de familiaridad. Aunque tampoco lo hubiera hecho: estaba segura de que no habría sido capaz de subir a la grupa de *Rowena* sin su ayuda.

Con cierta torpeza, acomodó la rodilla en el borrén delantero de la silla para damas.

—Gr-gracias —musitó—, señor...

—Ivo Beresford —completó él—. Y sé quién es usted: la señorita Burton-Smythe. —Con el pie izquierdo, sujetó el estribo para ayudarla—. Reconocería ese cabello pelirrojo y esas pecas en cualquier parte.

La confianza en sí misma de Meg, ya maltrecha, se esfumó por completo. Adiós a la esperanza de que su apariencia hubiera cambiado. De que los años transcurridos la hubieran transformado de un patito feo en un hermoso cisne.

—Se acuerda de mí, por lo que veo —apuntó con desgana.

—Claro que sí. —Agarró las riendas de su semental y montó de nuevo con facilidad—. Nuestro destino es ser enemigos.

Meg bajó la cabeza para evitar mirarlo y buscó las riendas con cierta ansiedad. No tenía claro cómo responder a eso.

El joven se puso a cabalgar a su lado.

—¿Qué tal el tobillo ahora?

—Soportable.

—¿Podrá llegar hasta su casa?

—Eso espero, muchas gracias.

El señor Beresford no parecía muy convencido.

—La acompaño, solo para estar seguro de que no pasa nada.

Se volvió a mirarlo de inmediato.

—¡Oh, no! ¡N-no puede hacer eso! —casi gritó antes de poder controlarse.

Beresford alzó las cejas con gesto de sorpresa divertida.

—¿Qué no puedo hacer o decir?

Avergonzada, Meg volvió a bajar la cabeza.

—M-me r-refiero a que me las a-arreglaré. No t-tiene que pr-preocuparse m-más por mí.

Hubo un silencio largo y algo agónico.

—No estoy preocupado, para mí no supondría ningún problema —dijo por fin el señor Beresford—. Pero veo que para usted sí. —Guió al semental en una vuelta alrededor de ella, lo que hizo que *Rowena* aplanara las orejas—. De acuerdo, entonces nos separaremos aquí.

Meg sintió un alivio inmenso. Era incapaz de imaginarse la reacción de su padre si la viese volver a Letchford Hall acompañada de un Beresford. La sola idea era tan impensable como espantosa.

—¿Quiere que me marche primero? —preguntó el señor Beresford—. Puedo alejarme galopando unos momentos antes, si lo desea.

Lo miró solo a medias, con la mirada baja, los ojos casi cubiertos por las pestañas. No se atrevió a más.

—Sí, por favor... Si no le importa, claro.

Al ver su mirada tímida, él no pudo evitar lo que parecía una sonrisa, irreprimible y al parecer sempiterna.

—¿Sabe lo que pienso, señorita Burton-Smythe? Pues que usted y yo deberíamos ser amigos.

Se lo quedó mirando, sin habla tras esa sugerencia inimaginable y escandalosa.

Él amplió la sonrisa.

—Piénselo —sugirió. Y, sin más, espoleó al semental y lo lanzó al galope hacia la cuesta.

Meg se quedó mirándolo con la boca abierta.

¿Amigos? ¿Cómo podía ser un Burton-Smythe amigo de un Beresford? Era imposible, algo innombrable. Las dos familias se odiaban, había sido así desde bastante antes de que ella naciera.

Pero el señor Beresford había sido amable con ella. Más que amable. Había sido del todo amigable. Y Meg necesitaba con urgencia un amigo.



CAPÍTULO 2

Ivo fue desdibujando la sonrisa conforme se alejaba a medio galope. El viento helado de noviembre le azotaba la cara, acabando de raíz con los últimos restos del ardor que había sentido al ayudar a subir de nuevo a su montura a la señorita Burton-Smythe..., que era sorprendentemente encantadora.

¡Por todos los santos!, ¿en qué diablos había estado pensado? ¿Tenderle una mano amistosa a la hija del enemigo más enconado y antiguo de sus padres, sir Frederick Burton-Smythe?

Apretó las riendas con más fuerza y con un movimiento suave de la pierna dirigió al pura sangre, *Snap*, hacia el camino que llevaba a Beasley Park. Los árboles que lo flanqueaban ya no tenían hojas y el paisaje aparecía frío y húmedo tras las últimas lluvias del otoño. Se extendía ante él con formas y colores suaves en medio de una neblina borrosa, y le recordaba a Ivo con exactitud lo que lo había conducido a semejante aprieto..., que no era otra cosa que la vanidad.

Odiaba llevar gafas. Las necesitaba, pero no las usaba cuando montaba. Creía que a lomos de un caballo veía con suficiente nitidez para ver por dónde iba sin ningún peligro. Ciertamente que no era capaz de distinguir las señales impresas ni de reconocer las caras a cierta distancia, pero dichas señales no suponían ningún

problema cuando estaba en un entorno tan conocido como los caminos que circundaban Beasley, y en cuanto a las caras... De haber llevado las lentes, habría reconocido de inmediato el cabello rojo característico y las pecas por los que se reconocía a kilómetros a cualquier miembro de la familia Burton-Smythe, aunque la verdad era que hubiese dado igual. Incluso si se hubiera dado cuenta desde lejos de que era la señorita Burton-Smythe, Ivo no habría sido tan insensible y cruel como para haberla dejado allí sin prestarle ayuda. En esa situación lo necesitaba y él había estado encantado de acudir al rescate. Pero, como le ocurría casi siempre, había llevado las cosas un paso más allá del límite. No le había bastado con sonreír a la señorita Burton-Smythe y hablar con ella de forma educada, no. No se le había ocurrido otra cosa que decirle que deberían ser amigos.

¿Amigos?

Ivo dejó escapar una carcajada sin humor al recordar esa audacia, inesperada hasta para él. Sus padres no le iban a agradecer ningún intento de abrir la puerta que separaba a las dos familias, enfrentadas de forma secular; tampoco sus hermanos varones ni muchísimo menos su hermana. Pero, en esos momentos, Ivo era incapaz de arrepentirse de ese ofrecimiento a la señorita Burton-Smythe. Porque se había tratado de un impulso hecho con nobleza e inspirado por su convicción profunda de la necesidad de progresar.

Y también por la gracia que le había hecho su rubor, intenso y tan atractivo. Y por lo mucho que le había gustado su cabello, esa masa espesa y rizada de color rojo, con reflejos de intensidad metalizada, que las horquillas eran incapaces de embridar. Lo cual le resultaba bastante extraño. No se trataba solo del color del pelo, sino de la belleza sorprendente de ese pelo. De la hermosura inesperada de la joven.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Ivo había visto a la señorita Burton-Smythe. De niño apenas se había

fijado en ella. Y, cuando lo había hecho, la había descartado sin más, de forma muy poco caritativa, como una sombra pecosa y flacucha.

La verdad era que, de pequeña, ella siempre se escondía detrás de su niñera y desaparecía cada vez que las familias se cruzaban en el pueblo; cosa que, por cierto, rara vez ocurría. De hecho, dadas las escasísimas veces que la señorita Burton-Smythe se había dejado ver en la villa, incluso podría haberse puesto en duda que sir Frederick tenía una hija.

Ivo condujo a *Snap* colina arriba hacia su casa. Ante ellos se elevaba Beasley Park, una mansión campestre de estilo palladiano construida en piedra color miel. Había sido la casa en la que su madre creció. De soltera ella había sido Margaret Honeywell, hija única de un hacendado loco por los caballos. El padre de Ivo fue su amor de niñez tardía y juventud, y habían crecido juntos en Beasley. Tras heredar su padre el título de conde, la familia de Ivo convirtió Worth House, en Hertford, en su residencia habitual, ya que era la hacienda base del condado de Allendale. Pero Beasley ocupaba un lugar muy especial en el corazón de sus padres y, por tradición, también de sus hijos. La familia seguía acudiendo allí muy a menudo; de hecho, pasaba los veranos en Somersetshire y, de vez en cuando, también las Navidades, como iban a hacer ese año.

Ivo se había adelantado casi un mes al resto de la familia en su regreso a Somerset. Lo había planificado de esa manera, pues hacía varios años que no volvía al que consideraba su verdadero hogar. Tras terminar su último trimestre en Oxford, había partido hacia Europa en compañía de un grupo de amigos dicharacheros de la universidad. Poco a poco, casi uno a uno, todos habían ido siguiendo su propio camino de aventuras, mientras que Ivo se mantuvo en compañía del guía alcohólico que habían contratado, el *signore* Ruggiero; visitó ruinas, museos y cafés de Francia, Suiza e Italia, y se empapó de la cultura del Continente.

Así pues, necesitaba tiempo para aclimatarse de nuevo a la vida inglesa, en particular a la de la campiña.

Mientras cabalgaba por la ancha senda de grava que conducía a la mansión, un lacayo salió corriendo desde el establo para reunirse con él. Solo cuando estuvo casi a su altura pudo ver con cierta nitidez la cara al muchacho. Era Andrew Cole, que antes de su partida era mozo de cuadra. El chaval se había convertido en un joven fornido y musculoso.

—Bienvenido a casa, señor Beresford —lo saludó.

Ivo sonrió.

—Bien hallado, Andrew. ¿Debo agradecerte a ti el que hayas enviado a *Snap* a la posada para que pudiera llegar con él aquí?

—Así es, señor. El señor Partridge mencionó que le iba a gustar que lo hiciera.

—Pues acertó de pleno —confirmó Ivo tras detener al caballo. No vio a ningún otro mozo cerca—. ¿Ahora estás tú al cargo?

—Solo mientras Whitson esté fuera acompañando a lord y lady Allendale. Él es el jefe de cuadra.

—Ah, él es el responsable... ¿Y deja que tú te encargues en su ausencia? Pues eso es que confía en ti, así que felicidades. —Ivo desmontó y le pasó las riendas de *Snap* a Andrew—. Cuídalo bien, ¿de acuerdo?

En lo alto de las escaleras apareció el ama de llaves, la señora Kirby. Era una mujer bajita y rechoncha de sesenta y tantos años. Llevaba empleada en Beasley desde que Ivo era un niño.

—¡Amo Ivo! ¡Qué barbaridad! ¡Está usted altísimo! —Vio brillar las lágrimas en las pupilas de la anciana ama de llaves—. Es usted un espectáculo, no cabe duda.

Ivo terminó de subir los últimos escalones.

—¡Vamos, señora Kirby! Tampoco soy tan diferente de mis hermanos. Ya sabe, visto un hombre Beresford, vistos todos.

—Le dio un beso en la mejilla rechoncha antes de entrar en la casa—. Mi ayuda de cámara ya ha llegado, ¿verdad?

La señora Kirby lo siguió dentro, más allá del arco de mármol.

—Sí, llegó ayer con el caballero italiano.

Ivo se quitó los guantes de piel que utilizaba para cabalgar. El *signore* Ruggiero no era italiano precisamente. Al menos, no de nacimiento. Pero Ivo no se molestó en corregirla. No era cosa de aburrir hasta el sueño a la señora Kirby contándole la historia tediosa del individuo.

—¿Ha recibido noticias de mis padres? —preguntó.

—Lady y lord Allendale todavía siguen en Hertfordshire, con lord St. Clare y el amo Jack. Esperamos su llegada una semana antes de Navidad. Lady Katherine también llegará más o menos por las mismas fechas. Ya sabe que se ha presentado en sociedad en Londres en la temporada que termina.

—Sí, sí, lo sé. Madre me informó de eso en una de las cartas que me envió a Italia.

El debut de su hermana pequeña en sociedad había de considerarse un fracaso en toda regla, lo cual resultaba tan sorprendente como desalentador. A sus veinte años, Kate era una auténtica belleza que además poseía una fortuna más que notable a su propio nombre. Si ella no encontraba un marido adecuado, ¿qué podían esperar él y sus hermanos?

Empezó a subir por la escalinata curva.

—¿Está por aquí Partridge?

—En su habitación, señor.

—¿Y qué me dice del *signore* Ruggiero?

La señora Kirby no le había seguido escaleras arriba.

—He acomodado al caballero italiano en la habitación rosa.

—Frunció los labios sin ocultar una desaprobación evidente—. Ha estado... indispuerto.

Ivo detuvo su ascenso y controló el gesto. Sin duda se trataba de la misma «indisposición» que el estimable caballero había

sufrido desde que Ivo y sus amigos lo contrataron en Roma. El hombre no paraba de beber. Desde que cruzaron los Alpes, ni un solo día había permanecido sobrio.

—Espero que no haya molestado...

—No, no, está en su habitación —repuso la señora Kirby—. El señor Partridge ha estado pendiente.

¡Dios bendijera a Partridge! El insustituible e indispensable ayuda de cámara lo había sido también, en su momento, del mismísimo lord Allendale y lo había acompañado por insistencia del conde. Ivo sospechaba que su padre había tenido la intención de que ejerciera cierta vigilancia sobre él. Solo Dios sabía cómo habría cumplido ese cometido, si lo había hecho. ¿Habría escrito informes con regularidad durante todo el viaje? ¿Habría sido específico y referido todos sus pasos, tanto los que de verdad había dado en falso como los que habían sido malos sin más? Ivo creía que no. Confiaba en él.

—No voy a bajar a comer —anunció mientras seguía subiendo las escaleras—. Tengo que escribir varias cartas. Pero dígame por favor a la cocinera que sí estaré para la cena.

—Sí, amo Ivo. ¿Quiere que pida una bandeja para usted?

—¡Sí, estupenda idea! Y que le lleven también otra a Ruggiero. —Si el individuo aún no había comido nada, él en persona se aseguraría de que lo hiciera. Era la única forma de contrarrestar su continua intoxicación etílica. Si había suerte, podría lograr que estuviera lo bastante sobrio cuando sus padres, hermanos y hermana llegaran a Beasley Park para celebrar la Navidad.

En esos momentos, la mayor parte de la casa permanecía cerrada. Cuando no estaban en esa residencia, sus padres mantenían en Beasley solo una mínima parte de la servidumbre, en este caso la señora Kirby, la cocinera y un puñado de criados, sirvientas y mozos. Ivo agradecía la intimidad aunque fuera temporal.

Al entrar en su dormitorio, lo encontró tal como lo había dejado tras su última visita desde Oxford: en el centro se alzaba la cama de siempre, con un dosel de caoba del que pendían las cortinas de brocado, tan familiares; las mismas alfombras Aubusson azules y doradas cubrían el suelo. En el banco situado al pie de la cama reposaban apiladas las maletas de cuero que había llevado al viaje, eran la única prueba de que alguna vez había salido de casa.

Cerró la puerta de la habitación con un golpe audible del picaporte. El fuego estaba encendido; se acercó y extendió las manos para calentárselas.

Oyó un ruido que procedía del vestidor contiguo y un instante después Partridge asomó la cabeza por la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—¡Ah! Es usted, señor.

—¡No finjas sorpresa! —dijo Ivo—. Los dos sabemos que eres capaz de calcular mi llegada al minuto.

Partridge emergió del vestidor con una sonrisa amplia. Era un hombre de unos cincuenta años, bajito y musculoso, cuyo pelo rubio arena presentaba ya bastantes canas. Le cruzaba una de las cejas una cicatriz visible, resultado de una pelea misteriosa de la que nunca hablaba. Fuera lo que fuese lo que hubiera pasado, Ivo habría apostado cualquier cosa a que el oponente había salido peor parado del enfrentamiento. Pese a su ya avanzada edad, el ayuda de cámara era un hombre al que era mejor tener del mismo lado.

—Pues... debo confesarle que lo esperaba antes —repuso Partridge mientras lo ayudaba a quitarse el abrigo—. Espero que no haya tenido ningún problema...

—No del tipo que estabas pensando. —Ivo se aflojó el nudo del pañuelo de cuello—. Me he parado a ayudar a una dama que tenía problemas.

—¿Ah, sí? —Partridge inspeccionó el abrigo de Ivo desde el cuello hasta el bajo antes de doblarlo y dejarlo sobre el respaldo

de una silla cercana—. Pues, que yo recuerde, por esta zona no hay demasiadas damas. Salvo su madre y su hermana, solo hay jóvenes del pueblo, que yo sepa.

—Pues te equivocas —dijo Ivo antes de pensar que sería mejor contenerse.

Partridge alzó mucho las cejas.

—¿Señor...?

—La señorita Burton-Smythe es una dama.

Partridge se quedó de piedra.

Ivo volvió a mirar las llamas que crepitaban en la chimenea, esperando la reacción negativa del criado.

—Al fin y al cabo, es hija de un *baronet*.

—Es la hija de sir Frederick Burton-Smythe —puntualizó el criado.

—Ella no tiene la culpa de eso.

—Aun así, los Burton-Smythe no son... amigos de los Beresford. Nunca lo han sido. Gente peligrosa, se lo aseguro.

—¡Por favor, Partridge! —exclamó muy serio, echándole una mirada al criado—. Sabes muy bien hasta qué punto me molesta esta tendencia a vivir en función del pasado.

—Lo sé, señor, pero los Burton-Smythe son...

—Esa es la razón por la que vivimos en este lodazal, por todo ese énfasis en la tradición, siempre a costa del progreso. Se supone que uno tiene que seguir haciendo las cosas de la misma manera porque se ha hecho siempre y se ha hecho así. ¡No tiene sentido! Lo que este país necesita es mirar hacia adelante, no hacia atrás.

—Respecto al país, pude que tenga razón. Pero no respecto a su padre. Usted sabe perfectamente que siempre tiene presente el pasado. Cuando era un niño...

—Sí, sí, sí, ya lo sé. —Lo interrumpió con brusquedad—. Los Beresford llevamos el resentimiento y el rencor hasta el límite. Pero eso no significa que tenga que dejar a una dama tirada

en el barro junto a una senda, en peligro de muerte, solo porque su padre despreció al mío una vez.

—¿En peligro de muerte? —repitió Partridge—. ¿Tenía heridas graves?

Ivo se dejó caer sobre el sillón de orejas situado frente al fuego.

—No —reconoció—. Fue solo una torcedura de tobillo. Era una forma de hablar.

—Sí, señor, me lo imagino. —Partridge se colocó frente a Ivo para ayudarlo a quitarse las botas, que estaban empapadas. Le sacó la primera con habilidad y la colocó frente al fuego—. Si no le importa que le explique una cosa...

Ivo se echó hacia atrás con un quejido de impaciencia. Si se hubiera tratado de cualquier otro criado, se lo habría tomado como una impertinencia, pero Partridge se había ganado con creces el derecho a decir lo que pensaba.

—Bien, bien, di lo que tengas que decir.

—No fue solo un desprecio, amo Ivo. Lo que sir Fred le hizo a su padre, y después a su madre... —Partridge le quitó la otra bota—, fue bastante más que un desprecio.

Ivo hizo una mueca con los labios.

—Ya lo sé.

Al menos, pensaba que lo sabía.

De niños, la madre de Ivo y sir Frederick estaban destinados a casarse, todo el mundo lo daba por sentado. Verlos unidos en matrimonio era el deseo más ferviente de sus respectivos padres para así unir las haciendas vecinas de Beasley Park y Letchford Hall, lo cual daría lugar a una propiedad de una extensión formidable. A la muerte del terrateniente Honeywell, sir Frederick incluso fue nombrado tutor legal de Margaret, la madre de Ivo, situación que se mantuvo durante un tiempo y que él utilizó como palanca para forzarla al matrimonio.

Pero Margaret no sucumbió a la presión. Lo que hizo fue todo lo contrario: rechazar de modo rotundo a sir Frederick en beneficio del padre de Ivo. Sir Frederick no reaccionó nada bien. John Beresford, que había sido su enemigo mortal durante la niñez y adolescencia de ambos, además llevaba la cruz de que se cuestionase la legitimidad de su nacimiento. Sir Frederick, que consideraba su propia ascendencia familiar como algo casi sagrado, recibió la negativa como un insulto imposible de perdonar. Hubo rumores acerca de un duelo, discusiones en público en presencia de su madre, peleas brutales a puñetazos en tabernas de mala muerte y acusaciones falsas de robos despreciables. Ivo sospechaba que sus padres no le habían contado toda la verdad.

La cuestión era que no se habían olvidado de nada de aquello. Ni tampoco sir Frederick. Y por eso había bautizado a su única hija con el nombre de pila de su madre. La señorita Burton-Smythe se llamaba Margaret por puro, simple y absoluto rencor. Sir Frederick había querido lanzar un insulto irrevocable al padre de Ivo, incluso a costa de su propia hija. Por esa razón, a Ivo le daba mucha pena la damita.

—En cualquier caso, eso ocurrió antes de que yo naciera —concluyó—. No tengo intención de evitar a la joven. Si volvemos a encontrarnos, la trataré con la misma amabilidad con la que trato a cualquier otra muchacha de buena cuna. —Se pasó la mano por el pelo para mostrar que estaba cansado del asunto—. Bueno..., ¿qué me querías decir del *signore*?

Partridge le dirigió una mirada significativa.

—Pues que... está otra vez indispuerto, señor.

—Para no variar... ¿Le has vertido café por el gaznate, como hicimos en Venecia?

—No se deja. Dice que le causa problemas digestivos.

—¿Eso dice? ¡Madre mía...! Bueno, si lo del café no le sirve o no es suficiente..., ¡que coma algo, por el amor de Dios! La señora

Kirby me va a traer una bandeja, asegúrate de ser tú quien le lleve otra a él. No quiero que le haga comentarios inadecuados.

Los piropos de Ruggiero a las mujeres resultaban efusivos en exceso cuando había estado bebiendo. Ese era otro de los problemas del individuo.

—Entendido, señor —asintió Partridge al tiempo que se incorporaba—. ¿Le preparo un baño?

—Ocúpate primero del *signore*. Tengo que escribir algunas cartas que no admiten demora.

—¿A sus padres, señor?

—A las personas que ostentan el liderazgo en esta zona del país. Tengo propuestas que hacerles. —Ivo se puso de pie—. Como te he dicho antes, Partridge, tengo la vista puesta en el futuro.